



Próximo número:

La Hija del Arrabal

hermosísima producción del Real
Programa Ajuria, interpretada por
la simpática estrella
Elsie Ferguson

Gran éxito

Postal
fotografía: Jackie Coogan

Sale todos los miércoles. 25 cts.

¿Le gustaría á Vd. coleccionar en un
lujoso album las postales de LA NO-
VELA SEMANAL CINEMATOGRÁ-
FICA? Entonces, apresúrese en ad-
quirir los números que le falten.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 45

25 cts.



EL
DELINCUENTE

por
Frank Mayo
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO I

N.º 45

EL DELINCUENTE

por FRANK MAYO

UNIVERSAL PICTURES CORPORATION

Concesionarios:

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Valencia, 233.

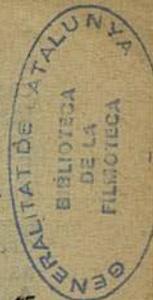
BARCELONA.

Argumento de la película de dicho título.

Solamente las causas menores eran de la incumbencia del Gran Jurado de la provincia de Lincoln. Ejemplo: robos de ganado, hurtos en los campos, estafas particulares, etc...

El jurado se hallaba reunido en la sala de deliberaciones, donde, con singular democracia y rectitud de conciencia, se juzgaban los delitos. La balanza de la justicia tenía en todos los miembros del Jurado, dignos pesadores.

En el momento en que comienza el asunto de nuestra narración, se estaba discutiendo un



caso, uno de tantos casos, de un robo de ovejas. Era ya un poco tarde y el Jurado parecía impacientarse por la tardanza de un testigo. El fiscal insistió en su opinión, que era la siguiente:

—Si las ovejas robadas, Señores, son de Andrés Pardo, él tiene que saber algo sobre el asunto... Y, vamos á ver Alguacil, ¿dónde está Andrés Pardo?... ¿Le dió la citación?

—Le hablé por teléfono esta mañana... No serían más de las nueve... Seguramente estará aquí de un momento á otro.

—Es ext^a año que no haya venido todavía... Sin embargo, bien sabe él á qué hora nos reunimos...

—Es chocante, señor fiscal, lo que hizo Andrés... Andrés parecía estar espantado cuando le hablaba por teléfono... Me dijo con voz entrecortada que para qué lo queríamos... Yo tenía prisa y me limité á contestarle que estuviera aquí á las dos y media y se enteraría.

—También es inexplicable—prosiguió el fiscal, mientras los demás jurados asentían con la cabeza—que Andrés no haya presentado la denuncia correspondiente, en toda la mañana, del robo de varias cabezas de su granja.

—Es raro, muy raro... En fin, él vendrá, ha de venir; de lo contrario, se le mandará á buscar—dijo uno del Jurado.

—Probablemente habrá trabajado demasiado. Quiere hacerse rico muy pronto—añadió otro.

—Sea lo que fuere,—interrumpió el fiscal—la justicia le ha requerido en su ayuda y no es correcto no someterse en absoluto á las leyes...

Siempre silencioso y trabajador, Andrés Pardo, en un año y medio de permanencia en el lugar, se había ganado las simpatías y el respeto de la comunidad.

Gracias á su perseverancia, Andrés logró reunir un pequeño capital, bastante crédito, instalarse en una granja que pagaba á plazos, adquirir un número de cabezas de ganado más que regular, hacer producir, secundado por algunos trabajadores, la tierra, y comerciar, principalmente en ovejas, con compradores de la capital de la provincia. Los negocios le iban con viento favorable como si la providencia, admirada de su amor al trabajo, le quisiera recompensar con largueza...

El alguacil, que había salido al peristilo del Tribunal para no tener que contestar por la centésima vez á la pregunta del fiscal: «¿Le dijo á Andrés que viniera á las 2 y media en punto?», vió llegar á éste y respiró á sus anchas.

En efecto, Andrés acababa de aparecer delante suyo:

—¡Holal... ¿Qué... qué quieren de mí allí dentro?

—¡No se ha hecho usted esperar poco, que digamos! Pase, pase. El fiscal y el Gran Jurado son los que deben decirselo.

Al ver á Andrés, el alguacil se confirmó, con asombro, que estaba asustado y que la palidez de su rostro, profundamente ojeroso, no era ni por asomo habitual en él.

Andrés disimuló no haber visto la sorpresa del alguacil y con paso lento, ensimismado, pero, seguro de sí, se dirigió hacia la sala de

deliberaciones del Jurado. Este estaba ocupado en otros varios asuntos. De pronto, como si un violento esfuerzo la hubiese repentinamente empujado, se abrió la puerta y apareció Andrés. Los jurados volvieron la cabeza para enterarse de quién era el brusco intruso y la estupefacción fué general. No era para menos, en verdad, pues Andrés no era el mismo que conocían ellos. El alguacil que lo seguía, hizo un gesto á todos en general para darles á entender que le parecía que Andrés no estaba en su cabal juicio. Nadie pronunció una sola palabra y presenciaron, pasmados, como Andrés, sin poderlo él remediar, á pesar de la lucha que parecía sostener consigo mismo, prorrumpía en desesperado llanto. ¿Lloraba acaso Andrés porque le habían robado parte de su ganado? ¿Podía llorar por tal cosa? No, no era posible. Andrés era fuerte y por nada llegaría á tal extremo. Entonces, ¿qué poderoso motivo le obligaba á esa humillación?

Andrés, reaccionando, con sublime determinio, se acercó á la mesa del Jurado y, con firmeza, por vencer completamente su horror, confesó:

—Señores, voy á decírselo todo... ¡Yo lo maté!

Por los ademanes empleados y la voz trágica de Andrés, se le podía tomar por loco. Así lo pensaron todos excepto el fiscal quien, rápidamente, ordenó al alguacil:

—¡Alguacil, cierre la puerta!

—¡No necesitan cerrar la puerta...—manifestó Andrés.—Puesto que he venido, no pienso moverme de aquí. Cumpliré la pena por ha-

berle matado... Fué lo inevitable... Pero ustedes no van á creerme... La gente rara vez cree la verdad...

—Hable usted en confianza, Andrés—le rogó el fiscal. Consuele su pecho en la confesión.

—Señores, ustedes me conocen y saben que no soy capaz de hacer el menor daño á nadie. Pero ese hombre, ¡oh señores!, ese hombre me estaba persiguiendo y no pude aguantar más.

—Valor, Andrés; hable, hable; díganos toda la verdad... ¡Animo!

—La fatalidad ha hecho presa en mí y mi vivir, de un tiempo á esta parte, ha sido un verdadero suplicio en el que sólo me acompañaba una inocente Magdalena... Una vez más, por ella, quiero gritar muy alto que soy inocente, que ese hombre, ese miserable, no merecía vivir, era un ser sin entrañas, odioso, repugnante, ¡y era mi hermano, Señores, mi hermano!! ¡Qué asco!!

Andrés entraba de pleno en el terreno de la confesión, y el Gran Jurado del honrado lugar se disponía á escuchar, con la máxima curiosidad, el relato del caso más importante de su actuación como representante de la justicia, el cual no era precisamente de su incumbencia pero que por la fuerza de las circunstancias debía conocer para proceder, según el código, elevando luego el sumario al Tribunal Supremo.

Andrés tenía un hermano, de nombre Guillermo, de padre solamente, y eran huérfanos al llegar á la mayoría de edad.

Los dos hermanos trabajaban en el banco de la localidad en que residían, aventajándole Andrés á Guillermo en dar cumplida satisfacción á sus jefes, por cuyos méritos éstos le propusieron, aceptándola él, la gerencia de una sucursal abierta en un pueblo cercano á la Central. Consciente de su deber, Andrés, antes de marcharse hacia su nuevo destino, al anoecer, salió de su casa con unos libros de contabilidad que había puesto al día para evitar un trabajo engorroso á quien iba á ocupar su puesto, para depositarlos en la caja del banco.

Mientras Andrés daba los últimos toques á su tarea, frente á la casa-torre, y junto á un corpulento y sombroso árbol, un hombre y una mujer hablaban con misterio. El primero era Guillermo, el hermano de Andrés; y ella, María, la única mujer en que este último, Andrés, cifraba todos sus anhelos y esperanzas.

Guillermo no se parecía en nada, ni física ni moralmente, á su hermano. Mientras que éste se esforzaba en perfeccionar sus diversos conocimientos, aquél, como si no tuviera ninguna otra aspiración, participaba de la teoría, que desgraciadamente algunos aplican todavía, de olvidar la oficina cuando se sale de ella y no ocuparse en las horas de libertad en más que en divertir al "*¡atigado espíritu*". Malas compañías ó por instinto propio tal vez, habían hecho de Guillermo un ser peligroso por su despreocupación y bastante escasez de amor propio para contar con los demás (en este caso su hermano y algún que otro amigo incauto ó demasiado compasivo con él) en lu-

gar de fiar únicamente en sí mismo para vivir y... salir de apuros.

Andrés, como hermano, soportaba resignadamente las ligerezas de Guillermo y le demostraba su cariño verdadero para conducirlo por el camino que, sin reparar en las obligadas zarzas, confiaba él recorrer hasta el final. La esperanza, esa "*bendita*" cómplice de muchos infortunios, no le dejaba ver á Andrés, en toda su importancia, la ineficacia de sus consejos ni reconvenções.

¡Y Guillermo, envidioso de su propio hermano, que ganaba y sabía mucho más que él, (sin considerar que para ello había pasado no pocas noches casi sin dormir) le iba cerrando su corazón contagiado de ingratitud!

La partida de Andrés hacia otro pueblo no disgustaba lo más mínimo á Guillermo, quien, sonriendo maliciosamente, pensó sacar provecho de esa circunstancia para dedicarse, solo, á la conquista de María, por la que él también alimentaba una pasión amorosa.

Con María, hemos dicho, se hallaba conversando Guillermo... precisamente de amor. Mas sus frases, promesas y bocetos de felicidad, fueron estériles. Resuelta al fin á libertarse de la enojosa insistencia de Guillermo en hacerle la corte, María le manifestó:

— Es inútil, Guillermo. Compréndalo usted mismo... No puedo casarme con usted.

— ¡No quiere casarse conmigo! ¿Por qué? No soy bastante para usted ¿no es verdad? El sí que lo es ¿no? ¡Yo no la merezco á usted, claro! Esta bien, he sido despreciado, pero, dígame usted y no se le olvide: nadie más se casará

con usted... ¡Le veré primero en el infierno!

—¡Basta! ¿Con qué derecho se atreve usted a hablarme tan groseramente?

—Porque te amo, porque te deseo para mí ahora más que nunca... Y tú has de quererme, y en conseguirlo expondré incluso mi vida. ¿No soy acaso un hombre como los demás... como él? Sí lo soy, y ese es el derecho que invoco. Y te quiero besar aunque te resistas, porque has de ser mía, mía, sólo mía.

—¡Cobardel... Suélteme... sepárese de mí...

¡Es usted un infame!... Suelte, le digo, ó grito...

¡Ay...! ¡Miserable!...

—Te besaré... aunque me pierda...

Guillermo habría cometido su canallada si Andrés, (que presenciara la desagradable escena entre su hermano y María, desde que ésta le contestó que se abstuviera de seguir en su pretensión *porque no podía casarse con él*,) no se lo impidiera, asiéndolo por los brazos y echándole en cara su brutalidad:

—Eso, Guillermo, por más hermano mío que seas, no te lo tolero ni te lo perdono. ¡Nunca te creí tan villano! Vete de mi presencia, porque te desprecio.

—Y yo á tí te odio y juro que te acordarás de mí.

—¡Desgraciado! Eres un vil, Guillermo, y no quiero saber más de tí. ¿Lo entiendes? Atropeñaste á una mujer como lo hiciera un salvaje... y esa mujer sabías que me ama y que la amo. ¿Por qué querías interponerte entre los dos?

—Porque esa mujer, por apetecerla tú, la codicio para mí... y por estas, que son cruces, será mía ó de nadie.

—Te estrujaría con mis manos si no te valiera el recuerdo de nuestro padre. Con todo, me dan tentaciones de...

—No, Andrés. Déjalo—le imploró, asustada, María.

—Ya lo oíste: ella, la ultrajada por tí, tiene mejor corazón que tú y te perdona. Lárgate de aquí pues en el acto.



—Eso, Guillermo, por más hermano mío que seas, no te lo tolero...

—Me voy... porque me da la gana... imbécil... No conoces todavía á tu hermano... ¡Ira de Dios que lo sabrás!

Andrés hizo un gesto como para abalanzarse sobre Guillermo cuando éste se alejaba,

pero María desarmó su cólera.

—No, Andrés, no le hagas caso. Cuando haya reflexionado te pedirá perdón.

—¡Nunca se lo daré!

—Es tu hermano...

—Sí, tienes razón, María, es mi hermano... ¡Qué buena eres! Nuestro amor me ha convertido en el mortal más feliz, y cuando mejore en mi nuevo empleo...

—Te esperaré hasta que tú me llames á tu lado, Andrés.

Mi único deseo es que llegue pronto ese día. Ahora, he de despedirme de tí porque tengo el tiempo justo de hacerlo y poner los libros en la caja del banco antes de que salga el tren...

—¿Vendrás á menudo á verme?

—Aprovecharé la menor ocasión para ello. Te escribiré todos los días. ¿Y tú?

—Yo... todas las horas.

—¿Crees lo bastante en mí para que te pida una cosa...?

—Sí.

—Bésame.

—¡Mi Andrés!

—¡María de mi alma!

Andrés llegó al banco, y apenas había entrado en él oyó un ruido extraño. Sigilosamente dirigióse hacia la sección de caja, que, al parecer, era de donde procedía el ruido, y, confirmándose su duda, dos hombres, dos ladrones, saltaron por encima de las rejas y huyeron hacia la calle. Andrés salió en su persecución con el propósito de darles alcance con



—¡María de mi alma!

—¡Mi Andrés!

vencido como estaba de que debían haberse llevado consigo lo que les fué posible robar. No distinguió bien en el banco á los reventadores de cajas porque era de noche, y además, en la calle, por haberse ellos introducido en un bosque para despistarle entre el follaje.

Andrés, con un ardor admirable, casi les pisaba los talones y los hubiera alcanzado si uno de ellos no tirara al suelo una cajita de metal que llevaba debajo del brazo, al abrirse la cual con el choque de la caída se esparcieran sobre el cesped numerosos billetes.

Atento á defender los intereses de la casa, Andrés detúvose á recoger el dinero robado abandonado perdiendo de vista á los ladrones.

Uno de los malhechores... que era el propio Guillermo, cuando se consideró á salvo, ideó un plan para comprometer á Andrés, saliéndole bien. Hizo lo siguiente: disimulando hábilmente, al salir del bosque, llamó á varios transeuntes, á los que seguidamente se juntó un policía, y les dijo:

—Acabo de ver á un hombre saliendo del banco y corriendo por el bosque hacia la vía del tren. Llevaba una caja de metal debajo del brazo... Quería perseguirlo pero desapareció rápidamente.

—Si quieren ustedes ayudarme, cerquemos por grupos el bosque—ordenó el policía. Pero que haya á lo menos uno en cada grupo que esté armado.

En breves minutos Andrés fué descubierto en el sitio del bosque donde había sido tirada la caja robada, en el momento en que termina-

ba de poner en orden los billetes. Antes de que el policía le hablase, Andrés, dando muestras de satisfacción, exclamó:

—No apurarse, aquí está todo lo robado.

—¿No le ha salido bien la combinación, verdad?

—¿Qué dice usted?

—Queda usted detenido por robo frustrado al banco.

—Se equivoca usted, señor guardia. Me pareció que habían detenido á los ladrones y que sabían que el producto de su robo fué abandonado por aquí. Por eso no les he contado nada. Además, yo hasta hoy he sido cajero del banco.

—Y, claro, le debió tomar cariño á esa cajita y se la llevaba usted, ¿no?

—Le exijo que se reporte usted en sus palabras... y haré la oportuna reclamación á sus jefes... Yo perseguí á los ladrones hasta que cayó á mis pies esta caja y opté por recogerla por sí, persiguiendo á uno de ellos, el otro, burlándome, y de acuerdo con el compañero, volvía á apoderarse de ella. ¿Lo comprende usted ahora?

—¡Muy bien! Tiene usted mucha habilidad... pero usted mismo se vende. ¿Cómo explicar que llevando un revolver no lo disparara, sino contra los malhechores, en el aire para amedrantarlos? Nada, nada; dése usted preso.

Guillermo, que guardóse de mostrarse á su hermano, se gozaba de su triunfo.

Para que el éxito de la infamia de Guillermo fuera mayor, Andrés, acompañado del policía y de una muchedumbre curiosa, pasó por de-

fante de la casa de María. Esta salió á ver lo que ocurría y la escena que tuvo lugar es para no descrita.

—Dicen que he robado al banco, María... Tú no lo creerás nunca, ¿verdad?

—Haga el favor, señorita... — la rogó el guardia.—Lamento tener que indicarle que este no es el sitio más apropiado para esta clase de explicaciones.

—Pero ¿por qué lo han detenido si él es inocente?

Nadie la contestó; Andrés se alejaba custodiado por todos los lados. Ella no había tenido valor para seguirlo, en unión de toda esa gente. Pero tuvo un momento de impetuoso arranque por reunirse, á pesar de todo, con Andrés, impidiéndoselo la llegada de Guillermo, quien la dijo:

—Malo para Andrés, ¿eh?... Ya tenía la maleta en la estación... El dinero del Banco en la cajita... y un revolver cargado. Esas tres circunstancias lo condenan en absoluto.

—¡Y me lo dice usted así, como si no le importara un ardite lo que le ocurra á su hermano! ¿Le cree usted acaso culpable?

—Como todos, como usted misma...

—Yo, no; nunca. Y si usted tuviera corazón, tampoco daría crédito á las apariencias. ¡Pobre Andrés!...

—¿Tanto le quiere usted?

—Lo mismo que á usted le aborrezco.

Nadie quiso creer á Andrés, exceptuando á María, y le condenaron á un año de cárcel.

En ella Andrés estudió leyes. Cuando salió, instalóse en otro pueblo para empezar de nue-

vo. Fué admitido en el Colegio de Abogados. En dos años de constante trabajo, se ganó las simpatías de los habitantes del lugar, cuya mayoría le nombró candidato para Fiscal... y María, la novia amantísima, se trasladó con su madre, desde su casa hasta la nueva residencia de Andrés, para ser su esposa.

La mayoría de habitantes, de la que hemos hablado, vió con buenos ojos la llegada de María y el proyecto de matrimonio de Andrés. El alcalde, en nombre de todos, le dió la bienvenida y la felicitó por caberle en suerte un compañero de tan recto proceder como Andrés. Y esas simpatías generales eran para María el máximo complemento de la seguridad que tenía sobre la inocencia de Andrés.

El alcalde, dirigiéndose al "afortunado novio", (era una flor para María) le manifestó:

—Su casamiento me parece muy bien, Andrés... Usted va á ser nuestro próximo fiscal por un noventa por ciento de voto.

Andrés agradecía en sentidas frases la consideración de todos para con él, cuando de súbito, cesó de hablar. Frente á sí, á pocos pasos, un hombre, Guillermo, sonreía con ironía mientras él hablaba. Andrés convino en que Guillermo había querido saber su paradero siguiendo á María, de cuya partida debió enterarse oportunamente, para, indudablemente, adivinando el motivo del viaje de ella, impedir que se casaran. Recordando la amenaza que le hiciera Guillermo tres años antes, y la condena que él había sufrido injustamente, mancha negra en su vida que todos los del lugar escogido al recobrar la libertad ignoraban, An-



...y la escena que tuvo lugar es para no descrita.

drés tuvo miedo de la venganza de Guillermo. Sin embargo su conciencia le hizo erguirse contra el absurdo temor, y conteniendo la ira que le producía su presencia, se acercó á su hermano y le preguntó indignado:

—¿A qué has venido aquí? Pensé que después de tres años sin vernos no te acordarías más de mí...

—¡Estoy sin un céntimo! Dame tú algun dinero... No hagas gestos, pues esos te miran... Suelta la mosca y te dejas en paz.

—Guillermo, no me provoques más y vete. Mi paciencia contigo se agotó ya y por los clavos de Cristo que no respondo más de mí.

—No seas estúpido: entrégame unos billetes en el acto ó les digo á esos lo que sé.

—¡Maldito seas aunque llevas mi sangre! Toma, y quiera el mismo Dios que este dinero te sirva para ahogarte.

—Gracias... Afortunadamente Dios no se ocupa de estas cosas.

Cuando Guillermo tuvo el dinero, Andrés volvió á reunirse con María, el alcalde y los vecinos que estaban con él antes, y después de darles una errónea y breve explicación respecto al hombre con el que había hablado cerca de la estación, prosiguió su discurso de gracias, abrazando á María y presentándola á todos como el hada bondadosa á quien él debía cuanto era.

Mordido por los celos y la envidia, Guillermo se acercó al grupo de admiradores de su hermano y asimismo de la belleza de María, una rosa de ciudad, leyó los anuncios de la candidatura popular para fiscal propuesta á

Andrés, y en el paroxismo de su odio salvaje, se rió nerviosamente. María asióse al cuello de Andrés, y éste se sintió de nuevo presa del temor de antes.

—¿Por qué os reís de esta manera, caballero?—le preguntó el alcalde.

—¿Qué vas á decir, Guillermo?—le imploró Andrés con disimulo.

—Es mi deber decir la verdad... ¿Queréis elegir á un ex-presidario?

—Por la sagrada memoria de nuestro padre, por la de tu madre, Guillermo, cállate.

—¿Qué dice este hombre, Andrés?

—Sí, señores... Estuvo un año en la cárcel por haber robado al banco donde era cajero... Le pillaron con el dinero en la mano... Aquí está en letras de molde.

—El nombre es el mismo. ¿Qué significa esto, Andrés?

—Lo confieso: estuve un año en la cárcel, pero por un crimen que jamás cometí.

—Eso lo dicen todos, usted es un ex-presidario que robó á su propio banco. Le pillaron con el dinero en la mano. Nos ha engañado á todos con ese aire de santo que ha sabido usted hábilmente adoptar.

—¡Fueral... ¡Fueral! ¡Que se vaya!

—Señores, por el amor de una mujer os lo ruego: sed reflexivos. ¡Yo soy inocente! ¡Soy un hombre honrado!

—¡Fueral! ¡Fueral!

Las protestas del pueblo contra el supuesto farsante Andrés amenazaban tomar mal cariz. Guillermo, aprovechando astutamente la exaltación de los ánimos, le dijo al alcalde:

—No le crean ustedes. Echenlo del pueblo... Pónganlo en un vagón de carga.

El mismo alcalde, para quien la decepción había sido extraordinaria, dirigió la expulsión de Andrés del lugar y entre todos lo encerraron en un vagón de carga sin atender ni sus protestas ni las súplicas de María.

Cuando el tren se puso en marcha, yendo Andrés en él, Guillermo le repitió a María:

—Nadie se casará con usted... más que yo... ¿Recuerda?

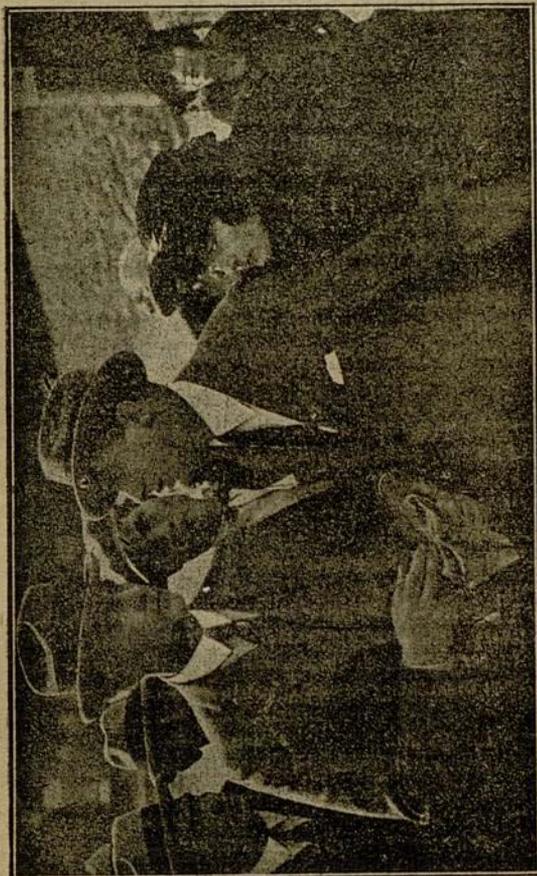
—Esto es lo que usted dice... Pero algún día, cuando usted esté sufriendo lo que está haciendo sufrir a Andrés, me reiré en su propia cara.

María regresó en seguida, a su casa, tristemente, con su madre, quien por fortuna, pues le quería mucho, no presenció lo que le hicieron a Andrés los que tanto le habían apreciado hasta entonces, porque durante este tiempo estuvo en el hotel a donde la había hecho conducir Andrés con las maletas.

Por último, Andrés se instaló en la provincia de Lincoln, pues aquí fué donde un empleado del tren tuvo la buena idea de abrir el vagón de carga en que él iba, y saltó a tierra sin ser visto para evitar toda sospecha.

Precisamente a varios de los miembros del jurado, que se hallaban reunidos, les pidió si podían emplearlo en cualquier cosa.

—Amigo, creo que usted podrá encontrar trabajo por aquí. Necesitamos jóvenes trabajadores como usted—le contestó por todos, uno de ellos.



— Lo confieso: estuve un año en la cárcel...

Se le dió trabajo; se distinguió por su buena voluntad y excelente carácter. De mozo de labranza pasó en poco tiempo á encargarse de la administración de una granja. La vida se presentaba lisonjera y de un porvenir más lisonjero todavía.

María, á quien Andrés enteró de su nueva residencia, le escribía diariamente, y sus cartas constituían para él todo cuanto de bueno y admirable había en la tierra además de ser el estímulo indispensable para que olvidara el pasado impuesto por la fatalidad, y no pensara más que en el venturoso mañana que después de tanto sufrir y de tanto llorar merecían ambos obtener.

Gracias á sus extensos estudios é ingenio natural, Andrés alternaba con la gente comerciante del lugar y pronto, con la ayuda del propio dueño de la granja cuyos intereses administraba, se instaló por su cuenta, en otra granja del mismo dueño, que éste le cedió á plazos junto con varias cabezas de ganado que Andrés engrosó mediante compras á crédito.

Paulatinamente, operando con mucha pericia ahorró algún dinero y pagó el primer plazo de la granja.

Todo parecía andar á pedir de boca. Mas he aquí que una noche en que una horrorosa tormenta azotaba la tierra alguien llamó á la puerta de la granja de Andrés. El perro de éste, asustado, ladró furiosamente y Andrés lo encerró en una habitación y fué á abrir, tomando sus precauciones por si algún vagabundo peligroso le pidiera hospitalidad por la noche

para robarle. Abrió pues media puerta y se asomó al exterior. Entonces Andrés creyó tener alucinaciones. ¿Era posible que fuera Guillermo? ¡Hasta dónde llegaba su infamia! No, no podía ser él; hasta para el mal tenía que haber un límite. Volvió á mirar... y vió lo mismo á la par que la puerta cedía al impulso del lobo hambriento de irrazonable venganza que penetraba en la tranquila cabaña con cinico descaro.

Andrés sudaba de angustia y no podía hablar. Guillermo lo comprendió y habló el primero:

—Estoy otra vez sin un céntimo, hermano. Como he logrado saber donde estabas, he venido á pedirte la ayuda de tu bolsillo.

Andrés confundió sus exclamaciones guturales con el rumor de la tormenta hasta que, al fin, calmó sus nervios y contestó á su odiado hermano:

—¿Todavía te atreves á pedirme dinero... después de lo que hiciste la última vez?

—Conmigo es por demás que te pongas así: ya sabes que tienes la de perder.

—Pues, óyelo miserable, aunque me siguieras hasta el final del mundo no volvería á hacer caso de tus amenazas y antes que dártelo, arrojaría al río mi último céntimo.

—Perfectamente, iré al pueblo y les diré quien eres.

—Vete, Guillermo, vete ó esta vez renuncio á ser el hombre prudente de siempre.

—No tengo miedo, ¿sabes? Mientras tú te decides, yo voy á tomar un poco de café para calentarme; veo que lo tenías preparado y no

podías hacer nada mejor.

Cerca de la ventana había una escopeta de caza que Andrés contempló un instante; sorprendiéndole Guillermo, quien, presintiendo una posible agresión, se puso en guardia con la consiguiente alarma. Pero Andrés era incapaz, en opinión de Guillermo, de recurrir á un extremo de tal gravedad para librarse de él. Desde este momento, pues, el poder del bribón se sintió centuplicado en influencia sobre Andrés.

—¡¡Vamos, carne de calabozo, aflojall— le escupió.

Andrés perdió la serenidad y arrojó á la cabeza del *mónstruo* un jarro, que no dió en el blanco. Guillermo, considerado llegado el momento temido, se apoderó de la escopeta. Andrés adivinó su gesto y antes de que su hermano pudiera amenazarlo con el arma se abalanzó sobre él y el odio concentrado de los dos seres de misma sangre desbordó ferozmente cerrando los ojos á todo. Andrés luchó llorando. El arma cayó al suelo y la pelea cuerpo á cuerpo fué cruelísima. De pronto sonó un disparo y el cuerpo de Guillermo desplomóse en tierra. Guillermo, recogiendo el arma á traición, había disparado el arma recibiendo él mismo el balazo que iba destinado á Andrés.

Antes de que el remordimiento se apoderara de él, Andrés cargó sobre su espalda al muerto y lo condujo hasta la cuneta del camino, regresando luego, calado hasta los huesos, á su cabaña.

A medida que avanzaban las horas, se des-

arrollaba en el pecho de Andrés un remordimiento atroz y las visiones de la deshonra pública y la silla eléctrica le volvían loco.

Y el perro, uniéndose á su tortura, presagiaba con sus prolongados aullidos una muerte...

A la mañana siguiente, con la que renació la calma, su única obsesión era la de la justi-



—¿Todavía te atreves á pedirme dinero...

cia, á la que veía por todas partes. Andrés se aventuró á salir hasta la carretera para ver si ya alguien había hallado el cadáver, mas no averiguó nada y su temor era el mismo. A pesar de hallarse cerca del lugar donde depositara la noche anterior al muerto, Andrés no tuvo valor para cerciorarse de si éste ya había

sido recogido y para no estar presente allí si unos cazadores que rondaban la cercanía descubrieran el cadáver, Andrés les dijo que no cazaran dentro de su propiedad pues no estaba más dispuesto á exponer sus ovejas á las balas perdidas como había sucedido otras veces.

Poco después un campesino le advirtió que el timbre de su teléfono le estaba llamando. Andrés se puso en el aparato, temblando.

—¡Oígal! ¿Es Andrés?... Es el aguacil quien le habla... El Gran Jurado quiere verlo á las dos y media de la tarde. Tome este aviso como una citación.

—¿Qué...? ¿Para qué me quiere el Gran Jurado?... ¿Qué pasa...?

—El Gran Jurado se lo dirá... Usted esté aquí á las dos y media y se enterará.

Hora tras hora estuvo sólo pensando cómo pudieron enterarse tan pronto del hecho... Pero principalmente pensaba en María, porque, ¡era la fatalidad! llegaba aquel mismo día llamada por él para casarse.

—Esto es todo —terminó diciendo Andrés á los jurados— Siento mucho haberles hecho perder el tiempo... porque no puedo esperar de ustedes que me crean... más que los demás.

Los jurados respiraron á todo respirar á un tiempo por haber permanecido religiosamente silenciosos durante el relato de Andrés. La opinión que se dibujaba en todos los rostros, algunos de ellos mojados de lágrimas, era que la justicia debía rehabilitar á Andrés, á todas luces inocente, y solicitar su perdón si en efec-

to había matado á su hermano, de cuyo hecho no tenían el menor aviso. El fiscal tomó la palabra:

—Andrés, estoy perplejo... No hemos encontrado á nadie, ni sabíamos que hubiera habido un asesinato... Pero si es verdad lo que usted dice debo manifestarle que ha hecho un gran servicio á la humanidad.

—Estoy pasmado, señor fiscal. ¿Hizo su ronda habitual la policía?

—Si; por eso le he dicho que no se ha hallado á nadie. Lo mejor es que lo olvide todo, Andrés... lo mismo que nosotros vamos á hacer.

Los miembros del jurado aprobaron la actitud del fiscal comentando con vehemencia lo referido por Andrés.

—Señores— advirtió el fiscal —acuérdense que esto es el Gran Jurado... que no debemos olvidar el «robo de las ovejas».

Andrés lloraba de agradecimiento. El fiscal le tranquilizó compartiendo su justo dolor, y le dijo:

—Esta noche se ha cometido un robo de ganado en su granja y es para ver si usted puede identificar á un hombre que fué detenida madrugada llevando algunas ovejas por la carretera, que lo hemos llamado... Alguacil, traiga á ese hombre.

El detenido apareció y Andrés lanzó una paavorosa exclamación:

—¡¡Guillermo!!!

Guillermo, que sólo se había herido levemente, tenía la intención de huir del pueblo para curarse, robándole á su hermano cuanto ganado pudiera, para malvenderlo en cualquier

parte, ó abandonarlo lejos para vengarse de él de otra manera.

Al verse de nuevo frente á Andrés, Guillermo, tranquilamente, notificó al Gran Jurado:

—El señor Pardo va á declarar á mi favor... El dirá que me dió esas ovejas.

Andrés crispó los puños. El fiscal habló por él:

—Si él hace eso, hermano Guillermo, lo despacharemos del pueblo. Creía que usted estaba muerto y nos lo contó todo... Y al delito de robo de ovejas añadiremos el que cometió con Andrés... pues tengo la seguridad de que fué usted quien robó al banco para comprometer á su hermano, y tendrá algunos años de cárcel para pensar las cosas, hermano Guillermo.

La justicia triunfaba. El malvado, forcejeando contra los nobles jurados, fué encerrado en el más obscuro calabozo.

Andrés se consideraba entre hermanos y no sabía cómo expresarles su gratitud inmensa.

—Hablabamos otro rato, Andrés—le dijo el fiscal.—Hoy por hoy, sólo tiene usted tiempo de ir á esperar á su novia que está por llegar.

—Es cierto. Gracias, señores... Les debo la vida.

Andrés salió volando en dirección á la estación y á poco llegó María. ¡Qué dulce vivir les esperaba á los dos!

Un auto condujo á María y Andrés frente al tribunal pues Andrés quería presentar la que sería su mujercita á los honrados jurados.

Pero antes que Andrés lo hiciera, María le preguntó ansiosa:

—¿No has visto más á Guillermo?

—Sí, le ví, pero la ley dió con él.

—El lo quiso... De todos modos ya no habías de temer su persecución pues detuvieron á uno de los ladrones del banco... y saben que eres inocente... Guillermo era el otro...

—Siempre me lo figuré... Mas, olvidemos...

—De consiguiente, puedes volver ahora... Podremos vivir donde queramos.



—Si te parece bien, María, nos quedaremos aquí...

—Si te parece bien, María, nos quedaremos aquí, donde tengo amigos, verdaderos amigos.

—La felicidad nos abrirá sus puertas en todos los rincones de la tierra.

—Porque jamás perdimos la esperanza de ser felices...

En su alegría olvidáronse María y Andrés de que alguien los estaba observando con sonriente benevolencia.

Eran los jurados, quienes, apiñados detrás de los cristales de la ventana del tribunal, recordaban, viéndoles á ellos, días lejanos de su juventud... y se mostraban ufanos de ser testigos de una dicha tan admirablemente ganada.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

INDISCUTIBLE

ha sido el éxito de nuestro número extraordinario **41** titulado

Madame Morland

La mayor prueba ha sido el rápido agotamiento de la edición.

¿Lo adquirió usted?

SI NO, retenga su título:

Madame Morland

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Aviso importante:

La venta exclusiva de nuestra publicación para Madrid la hemos cedido á la casa:

Manuel Castro

Pretil de los Consejos, 3 / MADRID

donde nuestros lectores de la Corte podrán surtirse de todos los números publicados.

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres trivolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente.

Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Fom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson.